

Alocución del Dr. Roberto Brian Gago

Uno tiene la impresión que realmente la agresión al niño no es un problema nuevo y que pareciera haber nacido con la civilización, aunque definitivamente ahora hay cierta preocupación, cierta inquietud por poner en evidencia el problema, por sistematizarlo, por analizarlo y por tratar de dar algunas soluciones al mismo. Cuando se hace marcha atrás en el proceso de evolución y se buscan las razones biológicas de ésto, uno no las encuentra realmente; puesto que el instinto de cualquier animal de protección a su prole, a sus críos, es más fuerte, incluso que el instinto de supervivencia o el de reproducción, y es prácticamente la regla general en el reino animal, y más evidente cuando uno sube en la escala evolutiva a los primates. Todos conocemos lo peligroso que puede ser una hembra, una gorila, una gata, una leona, al defender sus hijos, al sentir que sus críos están en peligro. Entonces uno encuentra realmente el objetivo biológico en la protección de esa nueva generación. Es con la civilización que uno encuentra la anulación porque ni siquiera es tal vez la agresión a los niños, —como dijo la Licda. Saavedra— es la anulación histórica en buena parte de ellos.

Recuerdo en el Museo del Cairo haber visto unas «cartas» en arcilla; los egipcios también escribían en arcilla, no solamente en papiro y recientemente se encontraron algunas muy interesantes porque no son cartas

oficiales, sino de la vida común y cotidiana de la época. En una de esas «cartas de Amarna» un comerciante de la época —que se encontraba en ese momento en el Delta— le escribe a su mujer en Amarna, en donde le recuerda entre otras cosas, que si el niño que espera y que va a nacer pronto es una niña, ella sabe muy bien qué es lo que tiene que hacer, probablemente ahogarlo, o lanzarlo en un canasto en el Nilo. Y si ésto ocurría en Egipto, que probablemente es una de las civilizaciones —yo diría más humanas—, uno no se atreve a pensar lo que podría suceder cerca, en Asiria pueblo que no conoció la piedad.

Ejemplos más recientes en la Grecia clásica, la inducción a la homosexualidad desde temprana edad, el sacrificio de niños en Cartago a sus dioses, la cruzada infantil en la cual los niños «protegidos por Dios» son enviados a conquistar tierra santa, desembarcan miles de ellos en tierras islámicas donde son asesinados o tomados como esclavos. Recientemente los niños no escapan de ninguna manera al holocausto nazi, las crónicas de la época son realmente escalofriantes, recién nacidos y lactantes, cuidados por niños de 6 y 7 años, hermanitos u otros, en un campo de concentración, separados de sus padres y al final exterminados. Entonces, efectivamente no estamos ante un problema nuevo. En nuestra América Latina, a pesar de tener raíces en la civilización mediterránea, donde los niños a priori tienen cierto trato más caluroso que en otras latitudes, la agresión al niño es sin duda un problema tan grave como en otras partes. Como médico yo les puedo decir que nosotros diferenciamos básicamente dos formas de agresión: una es la agresión activa, que es tal vez la más fácil de detectar, donde está la agresión física, la agresión sexual, donde se tiene a veces evidencia radiológica de fracturas múltiples o de laceraciones de vísceras abdominales. También tenemos la agresión pasiva, mucho más difícil de detectar, de denunciar o de documentar, simplemente el niño es privado de medicamentos, de alimentos, de compañía; muchas veces los encierran en un armario o en un cajón en una esquina oscura de la casa. Esas son las dos grandes formas de agresión que nosotros diferenciamos.

En el Hospital Nacional de Niños existe un Comité de Niño Agredido, compuesto por psiquiatras, trabajado-

ras sociales, psicólogos y eventualmente la valoración de algún ortopedista, neurólogo, etc. Este comité funciona desde hace varios años y ha tratado de implementar otros comités en otros hospitales; sin embargo, ha sido siempre la obligación del médico en un servicio de urgencias, hospitalizar a todo aquel niño en quien se sospecha agresión. En el año 1988 se registraron más de 300 casos de agresión en el Hospital Nacional de Niños. Casi uno por día en los que predominó en primer lugar la agresión física, viene luego la agresión sexual y después mezclas de ambas; también hay casos de agresión verbal y asociaciones de las anteriores. Los casos de agresión pasiva han sido más difíciles de detectar, de denunciar, de llevar a nivel legal, pero sabemos sin duda que existe. Hace un rato, antes de comenzar, comentábamos como la agresión hacia el niño la ejercemos probablemente todos de una u otra forma, yo creo que es algo que debemos empezar por reconocer y que simplemente los casos que estamos catalogando como agresión propiamente son aquellos en que ésta ha sido sistemática e intensa y de alguna forma ha dejado algún tipo de secuela física. Hemos dicho que la agresión infantil aparece con la civilización misma, posiblemente y por lo tanto el sistema socioeconómico de alguna manera debe condicionarla. Los lineamientos políticos y económicos de un sistema incrementan y perpetúan la situación. Hemos mejorado muchas cosas y en esto pareciera que no. Tampoco la agresión depende exclusivamente de la privación económica o educativa, puesto que existe en niveles socioeconómicos altos también.

El agresor a menudo es el padrastro, pero puede ser el mismo padre. La madre funciona muchas veces como cómplice al no denunciar la situación que hay en el hogar. Todos podemos ser cómplices al no notificar casos «sospechosos». El incesto, por ejemplo, es frecuentemente comunicado a los médicos por una madre que no se atreve a llevar la denuncia más allá y a veces el médico tampoco.

Como conclusión, creo que la agresión infantil ha nacido con la civilización y que en términos generales continúa siendo un fenómeno grave, por lo cual actual-

mente intentamos detectar las causas propias, para así analizarlas y proponer soluciones, con el fin de proteger a nuestra niñez latinoamericana específicamente.

